

CAPITULO XIII.

BATALLA DE MANTINEA *. MUERTE DE EPAMINONDAS.

La Grecia tocaba ya en el momento de una revolucion: Epaminondas estaba al frente de un ejército: la victoria ó la derrota iba en fin á decidir, si habian de ser los Tebanos ó los Lacedemonios quienes diesen leyes á los demas pueblos.

* En el segundo año de la olimpiada 104, el 12 del mes esciroforion, esto es, el 5 de Julio del año juliano proléptico 362 antes de J. C.

Epaminondas divisó el instante de acelerar la ejecucion.

Partió una tarde de Tegea, en Arcadia, para sorprender á Lacedemonia. Esta ciudad no tiene muros, ni fuertes, y no tenia entonces otros defensores que niños y ancianos. Una parte de las tropas se hallaba en la Arcadia, y la otra estaba en camino á las órdenes de Agesilao. Los Tebanos llegaron al amanecer, y vieron á Agesilao pronto á recibirlos. Instruido este por un desertor de la marcha de Epaminondas, habia vuelto atras precipitadamente, y ya sus soldados ocupaban los puntos mas importantes. Sorprendido, sin desmayar, el general tebano, ordenó varios ataques. Ya habia penetrado hasta la plaza pública, y se habia hecho dueño de una gran parte de la ciudad; cuando Agesilao no escuchando mas que su desesperacion, aunque en la edad de cerca de ochenta años, se precipita en medio de los enemigos; y ayudado del valiente Arquidamo su hijo, rechaza al enemigo, y le obliga á retirarse.

En esta ocasion dió Isadas un ejemplo que excitó la admiracion y la severidad de los magistrados. Este esparciata, que apenas acababa de salir de la infancia, tan hermoso como el Amor, tan valiente como Aquiles, sin mas armas que la lanza y la espada, se arrojó por entre los escuadrones de los Lacedemonios, cayó

impetuosamente sobre los Tebanos, y postró á sus pies cuanto se opuso á su furor. Los éforos le decretaron una corona para honrar sus hazañas, y le condenaron á una multa, por haber peleado sin coraza ni escudo.

Epaminondas se retiró sin que le inquietasen; y como era necesaria una victoria para borrar de la memoria el mal éxito de su empresa, marcha á la Arcadia, donde se habian reunido las fuerzas principales de la Grecia. Los dos ejércitos se avistaron luego cerca de la ciudad de Mantinea. El de los Lacedemonios y de sus aliados se componia de mas de veinte mil hombres de infanteria, y cerca de dos mil de caballeria: el de la liga tebana, de treinta mil de infanteria, y cerca de tres mil de caballeria.

Nunca habia manifestado Epaminondas tantos talentos como en esta ocasion. En su orden de batalla siguió los mismos principios que le dieron la victoria de Leuctres. Una de sus alas formada en columna cayó sobre la falange lacedemonia, que no hubiera sido forzada, si él en persona no hubiera venido á reforzar sus tropas con su ejemplo, y con un cuerpo escogido que le seguia. Espantados los enemigos con su llegada, se desordenan, y huyen. Persíguelos con un furor que no puede contener, y se halla cercado de un cuerpo de esparciatas que disparan sobre él un granizo de dardos. Despues de ha-

ber alejado por mucho tiempo la muerte, y tendido en el campo á un número grande de guerreros, cayó penetrado de un dardo, cuyo hierro le quedó en el pecho. El honor de recoger su cuerpo empeñó una accion tan viva, y tan sangrienta como la primera; y habiendo aumentado sus esfuerzos los compañeros, tuvieron el triste consuelo de llevarle á su tienda.

En la otra ala se peleaba con una alternativa casi igual en ventajas y reveses. Por las sabias disposiciones de Epaminondas no pudieron los Atenienses favorecer á los Lacedemonios. Su caballeria atacó á la de los Tebanos, y fué rechazada con pérdida: se formó de nuevo, y destruyó un destacamento que los enemigos habian colocado en las alturas vecinas. Su infanteria estaba ya para huir, cuando los Elidos volaron á socorrerla.

La herida de Epaminondas detuvo la carniceria, y suspendió el furor del soldado. Las tropas de los dos partidos, igualmente atónitas, quedaron en inaccion. Por una y otra parte se tocó la retirada, y se erigió un trofeo sobre el campo de batalla.

Todavía respiraba Epaminondas. Sus amigos y sus oficiales derramaban lágrimas en torno de su lecho. En el campamento resonaban los gritos del dolor y de la desesperacion. Los médicos habian declarado que espiraria luego que se le sacase el hierro de la herida. Temió que su es-

cudo hubiese caído en manos del enemigo; pero se lo presentaron, y lo besó como un instrumento de su gloria. Se manifestó inquieto sobre la suerte de la batalla; y habiéndole dicho que la habían ganado los Tebanos, respondió: «eso es bueno: ya he vivido bastante.» Preguntó despues por Daifanto é Iólidas, dos generales que él creía dignos de reemplazarle: los que le dijeron que habían muerto. «Persuadid pues á los Tebanos, añadió, que hagan la paz.» Entonces mandó que le sacasen el hierro; y habiendo exclamado uno de sus amigos, que el dolor tenia fuera de sí: «¡con que moris, Epaminondas! ¡Si á lo menos dejaseis hijos! — «Dejo dos hijas inmortales, respondió ya espi-
«rando, la victoria de Leuctres y la de Mantinea.»

Su muerte había sido precedida por la de Timágenes, aquel tierno amigo que me había traído á la Grecia. Ocho dias antes de la batalla había desaparecido repentinamente, dejando sobre la mesa de su sobrina Epicaris una carta en que nos hizo saber que iba á reunirse con Epaminondas, con quien había contraído obligaciones mientras estuvo en Tebas; pero que muy pronto volvería á reunirse con nosotros para no dejarnos jamas. Si los dioses, añadía, lo ordenan de otro modo, acordaos de lo que Anacarsis ha hecho por mí, y de cuanto me habeis prometido hacer por él.

«Mi corazon se despedazó al leer esta carta. Yo queria marchar en el momento, como hubiera debido hacerlo; mas Timágenes había tomado todas las precauciones para impedirmelo. Apolodoró, que á ruego suyo acababa de lograr para mí el derecho de ciudadano de Atenas, me manifestó que yo no podía tomar las armas contra mi nueva patria, sin comprometerle á él y á su familia. Esta consideracion me contuvo; y así no seguí á mi amigo; no fui testigo de sus proezas, ni mori con él.»

Su imagen está siempre ante mis ojos. Hace ya treinta años, y solo hace un momento que le perdí. Dos veces he querido formar su elogio: dos veces le han borrado mis lágrimas. Si hubiera tenido fortaleza para acabarle, la hubiera tenido para suprimirle; porque las virtudes de un hombre oscuro no interesan mas que á sus amigos, y ni aun tienen el derecho de servir de ejemplo á los demas hombres.

La batalla de Mantinea acrecentó en lo sucesivo las turbulencias de la Grecia; pero en el primer momento terminó la guerra. Los Atenienses tuvieron cuidado de recoger, antes de marchar, los cuerpos de los que habían perdido, los quemaron en una hoguera, llevaron los huesos á Atenas, y se señaló el dia en que se había de hacer la ceremonia de los funerales, á que preside uno de los primeros magistrados.

Dase principio poniendo bajo una gran tienda los ataúdes de cipres que encierran los huesos. Los que tenian pérdidas que llorar, hombres y mugeres, venian allí por intervalos á hacer libaciones, y á cumplir los deberes impuestos por la ternura y por la religion. Tres dias despues, los ataúdes puestos sobre otros tantos carros como hay tribus, atravesaron lentamente la ciudad, y llegaron al Cerámico exterior, donde hubo juegos fúnebres: se depositaron los muertos en el seno de la tierra, despues que sus parientes y amigos los bañaron por la última vez con sus lágrimas: habiéndose levantado un orador escogido por la república, pronunció el elogio fúnebre de estos valientes guerreros. Cada tribu señaló los sepulcros de sus soldados con piedras sepulcrales, en donde estaban escritos sus nombres, los de sus padres, el lugar de su nacimiento y el de su muerte.

El camino que va desde la ciudad á la Academia, está lleno de estas inscripciones. Otras se ven sembradas confusamente en las inmediaciones: aquí descansan los que perecieron en la guerra de Egina; allí los que murieron en Quipre; mas allá los muertos en la expedicion de Sicilia. No se puede dar un paso sin pisar las cenizas de un heroe, ó de una víctima inmolada á la patria. Los soldados que venian del Peloponeso, y habian acompañado el convoy,

andaban por entre estos monumentos fúnebres; se mostraban unos á otros los nombres de sus abuelos, de sus padres, y parecia que gozaban anticipadamente de los honores que se harian algun dia á su memoria.

